



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.^a — AÑO XIV. — TOMO XII.

NÚMERO 4. — Madrid 5 de Febrero de 1889.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.



GITANA, CUADRO DE DE GREEZE.

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

Texto.

La Década, Tordesillas. — *Carta Encíclica de Nuestro Santísimo Padre León XIII* (conclusión). — *La supuesta Papisa Juana*, por el Rdm. Fr. R. Martínez Vigil, Obispo de Oviedo. — *Galicismo y flamenquismo*, Alvaro López Núñez. — *Las bodas del sol con la estrella matutina*, León Carbonero y Sol. — *Las bellas artes en España* (continuación), Conde de la Viñaza. — *El P. Claret*, M. de P. — *El manto del fraile*, Gabriel de los Arcos. — *Asociaciones benéficas*. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

Gitana, cuadro de De Greeze. — Cabeza de estudio, en que el arte reproduce un tipo característico de los gitanos del Norte, de correcto perfil y suaves contornos; tipo soñador y poético, que resalta mucho más y luce sus facciones sobre el marco de ébano formado por su abundante cabellera. A la observación del natural se une en este cuadro el idealismo, que le imprime el autor.

Ávila, *Basilica de San Vicente*, dibujo de López. — La ciudad histórica, cuna de Santa Teresa de Jesús, de quien tanto abundan allí preciosos recuerdos, de Gil González Dávila y otros varones ilustres, y sepulcro del Obispo D. Alonso de Madrigal, cuenta entre sus célebres edificios la *Basilica*, fundada en el mismo lugar en que sufrieron martirio los Santos Vicente, Sabina y Cristeta, en el año 306, iglesia que lleva sus nombres. Construida, según parece, á últimos del siglo XII, tiene, como otros monumentos coetáneos, apariencia de templo y de fortaleza, reflejando el estado de guerra dominante en aquella terrible época de la Reconquista. Es uno de los más apreciados monumentos españoles de la transición románica-ogival. El Estado reconstruyó una de las magníficas torres, con sujeción á la antigua traza y planos.

Bajo del altar mayor existe la cripta consagrada á la Virgen llamada de la *Soterraña*, una de las aparecidas en el límite de la ciudad, cuyo altar mantiene un peñasco, donde según tradición fueron degollados diez Santos Mártires. Y á la entrada de su típica escalera, se halla escrita aquella famosa décima de autor desconocido:

Si á la Soterraña vas,
ve que la Virgen te espera,
pues por esta su escalera
quien más baja sube más.
Pon el silencio al compás
de lo que bajas pensando;
baja y subirás gozando
al cielo de tu consuelo,
que para subir al cielo
siempre se sube bajando.

Cataluña, *El Castillo de Savassona*, dibujo de Pahissa. — Cerca de Vich y no lejos de los pueblos de Roda y de Folgarolas, se descubre sobre inmensos peñascales, el antiguo castillo de Savassona, cuya capilla sirve de parroquia y tiene por titular á San Félix. Desde aquella altura se descubren las crestas del Montseny y las montañas de Nuvia, y uno de los más extensos y variados panoramas de Cataluña. Como todas las mansiones señoriales de la Edad Media, demuestra este castillo por su posición el papel que desempeñó en aquella época de continuadas luchas. La capilla y algunos salones revelan todavía su pasado esplendor y dan idea del poder de aquellos señores, que fueron verdaderos reyes en su territorio. El Sr. Pahissa ha escogido con mucho acierto el punto más pintoresco de la perspectiva del castillo, que por efecto de las vicisitudes de los tiempos, hoy se asemeja á una casa particular.

Caravana en el desierto. — Entre las comodidades de nuestra occidental civilización apenas se conciben los inmensos desiertos de África y Asia. De estos últimos, no lejano á Jerusalén, es el que representa nuestro grabado: inmensa llanura de arena, sólo interrumpida por algunos pequeños montículos de roca: sin una mata ni un árbol, y en que los viajeros se asfixian por el fuego de la tierra.

LA DÉCADA

UN triunfo más de Boulanger, y decisivo por los miles y miles de votos que representa, pone en grave conflicto á la República vecina é impulsa á la Francia por las vías de lo desconocido. El cansancio de aquel pueblo ante las fluctuaciones y desmayos de una política de aventuras, no se traduce como entre nosotros por ese indiferentismo que hiela y deja hacer; los franceses lejos de lamentar sus desengaños, la esterilidad de sus frecuentes cambios de gobierno y las sombras cada vez más densas que obscurecen el porvenir de la nación; lejos de llorar sobre sus ruinas, se lanzan á los comicios y votan; ejercen un derecho que en otros países parece que estorba. ¿A qué extremo y violencias conduce su estrella al improvisado dictador? Quizá ni él mismo lo sabe; pero su confianza en el éxito completo de su activa empresa es tal, que ya dicen tiene en lista los nombres que han de formar su Gobierno; ya se considera revestido con el manto del César y dueño de los destinos de su agitada patria. Sea como fuere, la opi-

nión está formada sobre los presentes sucesos: los descontentos de la República están la mayoría en París; el voto que se ha sentenciado es inapelable. A él contesta el vencedor dirigiéndose á los electores del Sena: «A vuestra energía deberá la patria verse libre de parásitos que la devoran deshonorándola. La República se halla abierta para en adelante á todos los franceses de buena voluntad: entren en ella y que salgan otros.» Ese es el tema que discuten los partidos de todos los Estados; la personalidad, el «quitate tú para ponerme yo.» Boulanger derribará al Gobierno de Francia, reemplazará en plazo más ó menos breve á Carnot; subirá á ese trono forjado por sus ilusiones, y luego.... abrirá las puertas de la Monarquía, que ya flota en la mente de la mayoría de los franceses.

Nuevo acontecimiento en el que palpita el drama ó la tragedia hiere la fibra sensible de Europa. La inesperada muerte del Archiduque Rodolfo, heredero de la corona de Austria, á los 30 años, esperanza del anciano Emperador de un gran pueblo, esposo al parecer feliz, hombre de regias dotes que de repente se vuelve loco — así nos lo dicen — y se quita la vida. Ciertamente el suicidio cristianamente, no se explica más que por aberración mental, aun de aquellos que sufren ó atraviesan el desierto del mundo luchando. Con mayor razón debe suponerse que no de otro modo ha podido dar en el crimen suicida el que, amado por sus méritos personales, y llamado á ocupar un trono que cuenta 18 millones de súbditos, parecía que debía mirar con apego una existencia en toda su plenitud, y que tan necesaria era para la consolidación de aquel Imperio. Prescindiendo de su hija, carece de sustitución próxima, y hay que buscarle heredero más lejos, en el Príncipe Francisco Fernando de Este, si es que le cede sus derechos su padre el Archiduque Carlos Luis; pero el Príncipe designado, desgraciadamente no reúne las circunstancias del malogrado Kronprinz; y esto debe pesar en el ánimo de Francisco José para desistir de la abdicación que se anuncia, y que más que resolución meditada parece insinuación producida por el desaliento, por la amargura de la catástrofe y de los comentarios más ó menos fundados que la rodean. No hay paz para el espíritu ni en las esferas más altas: poder, fortuna, gloria, son troncos robustos y al parecer indestructibles que arraigan, crecen, se elevan; pero que un soplo de viento asolador deshace. A la nación austro-húngara toca llorar ahora, como lloró Alemania la pérdida de Federico III, como llora todavía España la de Alfonso XII, como llorará cualquier padre ignorado la muerte del hijo que ocupó en su corazón el lugar de un Emperador, como llorará el más humilde de los huérfanos al que le dió el ser. Ley ineludible es la muerte para grandes y pequeños: mancha que fatalmente pesa sobre toda clase de hombres, y cada día con mayor intensidad, el suicidio; la muerte voluntaria por desesperación, falso honor, vértigo ó locura. Los pensadores debían de pensar algo para disminuirla, ya que no para evitarla.

¡La muerte! Vedla cercana, presente, sin saber por dónde viene, como dice festivamente el poeta y presiente el filósofo. Tan pronto amaga como rinde y acaba, ya lentamente ó por golpe que cuando se siente, todo se deja de sentir. Se llevó al ilustre general Quesada, amenaza al respetable general Concha y al sabio general Ibáñez de Ibero, que afortunadamente mejoran; á mi cariñoso amigo el poeta y académico D. Antonio Arnao, que hace días lucha entre la vida y la muerte, y para quien ardientemente deseo la salud, y arrebatada de los brazos de su esposo y de sus hijos á la madre de mi otro buen

Ayuntamiento de Madrid

amigo el laureado artista D. Salvador Martínez Cubells, al que desde aquí envío mi pésame y mis consuelos.

La muerte ha dejado estos días triste vacío en dos hogares, con el tránsito á mejor vida de la señora viuda del por tantos títulos ilustre Marqués de Pidal y de la señora hermana del orador y publicista famoso D. Emilio Castelar. Era la Marquesa viuda de Pidal señora en quien competían las virtudes con el talento; de ameno trato y bondad inagotable, hija sumisa y ferviente de la Iglesia Católica, y madre dichosa al ver en sus hijos el actual Marqués y el señor D. Alejandro Pidal, su immaculada fe reproducida. Para los asturianos, y cuantos conocían á esta respetabilísima señora, su cristiano fin ha sido al par que de profundo sentimiento, de esperanza en Dios en su futuro é inmortal destino. Los señores de Pidal han visto compartida su pena con todas las clases sociales, y singularmente con todos los buenos católicos, que aun sin conocerles personalmente, como el que estas líneas escribe, llevan su lágrima y sus oraciones á la tumba de la egregia Marquesa viuda de Pidal.

Para Doña Concepción Castelar guardaba su hermano, el popular tribuno, más que afecto fraternal culto y amor entrañable. Desde que perdió á su buena madre, de quien había recibido sus primeras inspiraciones, concentró en su hermana la ternura de sus sentimientos; su empeño en proporcionarle una existencia feliz se ha visto dichosamente cumplido. No ha sido corta la de tan distinguida señora, y hasta el último momento la ciencia ha puesto todo su empeño en alargarla. Concha Castelar, como familiarmente se la nombraba, vivió para el bien de sus semejantes, estimada por su carácter y nobles prendas, conocida por su afabilidad y admirada por ese don de inalterable salud, propio de naturalezas privilegiadas. Llegó al término de la vida reclinada entre flores, de esas que habían perfumado sus sueños de rosa, flores que adornaron su cuerpo yerto, contrastando con otras más duraderas, las flores del alma, pues murió como había vivido, dentro de la Comunión católica y recibiendo con fervor los Santos Sacramentos. Dios la habrá concedido, sin duda, el merecido premio.

Falta la nota alegre en estos párrafos; ¿pero dónde está? ¡Ah, sí! En los celajes luminosos, en la temperatura cálida y en los ramitos de violetas que forman las avanzadas de la primavera. No pasarán muchos días, mis amables lectoras, sin que podáis aspirar los aromas de los jardines; pues, como reza el refrán valenciano, «cuando la Candelaria plora, invierno fora», y la Candelaria ha plorado.

Tordesillas

ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEÓN XIII

POR LA DIVINA PROVIDENCIA, PAPA.

(Conclusión.)

EL mismo modo que las demás virtudes, ésta de que Nós hablamos se origina y sustenta en la fe divina; pues es Dios quien nos hace comprender cuáles son para el hombre los bienes verdaderos, y cuáles deben ser pedidos únicamente para ellos mismos. Es Él, además, quien nos da á conocer la infinita bondad de Dios y los méritos de Jesús Redentor.



Pero recíprocamente nada es más propio que el piadoso hábito de la oración para nutrir y acrecentar la fe; y todo hace ver cuán grande es en nuestro tiempo la necesidad de esa virtud, debilitada entre la mayor parte, extinguida entre muchos. De ese hábito, en efecto, es preciso esperar, no solamente la reforma de las costumbres privadas, sino también la regla para juzgar las cosas, cuyo conflicto no deja á los Estados en reposo y seguridad.

Si el pueblo está atormentado por la sed de una libertad inmoderada; si por todas partes los proletarios se esparcen con amenazas perturbadoras, y si hay peligros del mismo género, nada seguramente podrá detenerlos más y mejor, según en otra ocasión hemos dicho ampliamente, como la fe cristiana.

Es el momento de fijar Nuestros pensamientos y Nuestras palabras hacia vosotros todos, á quien Dios, confiriéndoos su divino poder, os ha elegido por auxiliares para el fin de dispensar sus misterios. Si se investigan las causas del bien público, como del bien privado, no es dudoso que la vida y las costumbres del clero valen mucho para lo uno y para lo otro. Que recuerden, pues, los sacerdotes que han sido llamados por Jesucristo *luz del mundo*, y que «es preciso que el alma del sacerdote resplandezca al igual de una luz esplendorosa el mundo entero». (Juan Crisóstomo: *De sag.*, 1, 3, c. 1.) Se pide al Sacerdote la luz de la doctrina, y que ésta no sea vulgar, porque él tiene por misión de imbuir á los demás la sabiduría, de destruir los errores, de guiar al pueblo por los caminos difíciles é inciertos de la vida.

Pero la doctrina debe tener, desde luego, por compañera á la inocencia de la vida, sobre todo, por aquello de que el ejemplo hace más que la palabra en la conversión de los hombres. «Que vuestra luz luzca ante los hombres, á fin de que ellos vean que vuestras obras son buenas.» (Mat., v, 11.)

El sentido de esta divina máxima es que es preciso en los Sacerdotes una virtud tan perfecta y tan completa, que puedan ofrecerse como un espejo á los ojos de quien los mira.

No hay nada que enseñe mejor á los demás de un modo asiduo á la piedad y el culto de Dios que la vida y el ejemplo de los que se han consagrado al divino ministerio; porque como se les ve colocados en un lugar que se eleva por cima de las cosas del siglo, los demás fijan la vista en ellos como en un espejo, y toman de ellos lo que hay que imitar. (Concil. Trid., Sess. xxiii, cap. 1 *De Relig.*)

Por esta razón, si es preciso que todos los hombres estén vigilantes en guardarse de no estrellarse contra los escollos del vicio y de no proseguir con demasiado ardor las cosas caducas, manifiesto es que los Sacerdotes deben hacerlo con mayor fe y firmeza. No es bastante que los Sacerdotes no se sacrifiquen á las pasiones; la santidad y la dignidad de su estado exigen que se acostumbren á dirigirse á sí mismos severamente y que hagan concurrir al servicio de Jesucristo todas las fuerzas de su espíritu, particularmente la inteligencia y la voluntad, que son las facultades primordiales del ser humano.

«*Qui relinquere universa disponis, te quoque inter relinquenda connumerare memento, imo maxime et principaliter abnega te ipsum.*» (Bernardo, cap. 1.) Una vez desatados sus corazones y libres de toda pasión, entonces, finalmente, concebirán un generoso celo por la salud de los demás, sin el cual nunca podrán proveer bastante á la suya propia.

Respecto de los que se les someten, sólo pedirán un solo beneficio, un solo placer: y es el de ver cómo podrán guiar á su pueblo á la perfección. Que trabajen á este fin utilizando todos los medios, aunque sea á costa de grandes aflicciones de espíritu y de cuerpo, á costa de trabajo y fatiga, á costa de hambre, de sed, de frío y de desnudez. (S. Bernard.,

Lib., iv., *De Consid.*, c. 11.) Esta virtud, siempre vigilante, y que no retrocede ante dificultad ninguna por amor al prójimo, se nutre y fortalece con la frecuente contemplación de los bienes celestiales. Cuanto más se den á esta contemplación, con mayor claridad comprenderán la grandeza de las funciones sacerdotales, su excelencia y santidad. Comprenderán también qué cosa tan desdichada es que tantos hombres, no obstante haber sido rescatados por Jesucristo, se precipiten en la muerte eterna; y por la meditación acerca de la naturaleza divina, se dedicarán ellos mismos con más ardor, y excitarán á los demás al amor de Dios.

Tal es el camino más seguro para alcanzar la salvación común. Pero es necesario preservarse, ya de caer en temor ante la magnitud de las dificultades, ya de desesperar á causa de la larga duración del mal. La muy equitativa é inmutable justicia de Dios reserva recompensas á las buenas obras, y suplicios á los pecados. Pero las familias y las naciones, por cuanto no pueden prolongarse hasta más allá del tiempo de la vida mortal, necesariamente tienen que recibir en la tierra el premio debido á sus obras.

No es cosa nueva ver á un Estado culpable favorecido por la prosperidad; y esto acontece por justa voluntad de Dios, que recompensa á veces, con este género de beneficios, las acciones laudables (porque no hay pueblo que no sea digno de elogio en alguna cosa); y esto es lo que dice San Agustín que aconteció al pueblo romano. Sin embargo, es ley cierta que importa grandemente á la prosperidad de un pueblo, que la virtud sea públicamente honrada, y en particular la que es madre de todas ellas, la justicia. «La justicia eleva al pueblo, y el pecado hace desgraciados á los pueblos.» (Prov., xiv.)

No nos paremos á considerar aquí los crímenes victoriosos, ni á investigar si hay imperios que, mientras ven prosperar sus negocios con propia satisfacción, abriguen en sus entrañas el germen de las miserias. Lo único que Nos queremos que se comprenda, y de que las historias están llenas de ejemplos, es que las injusticias serán castigadas algún día; y tanto más terriblemente, cuanto que los crímenes hayan durado más largo tiempo. En cuanto á Nos, experimentamos gran consuelo en estas palabras del Apóstol San Pablo: «Todas las cosas son vuestras; vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios.» (I Cor., iii, 22, 23.)

Lo que quiere decir que, por arcana disposición de la Providencia Divina, el curso de las cosas mortales está dirigido y gobernado en forma que, cuanto se refiere á los hombres, todo está subordinado á la gloria de Dios y á conducir á los que, con verdad y de corazón, siguen á Jesucristo, á puerto de salvación.

De éstos es madre y nodriza, guía y guarda la Iglesia, la que, con íntima é inmutable caridad, está unida á Cristo, su Esposo, y así asociada con Él en las luchas, participa de sus victorias. No estamos inquietos, pues no podríamos estarlo, por la causa de la Iglesia; pero sí tememos por la salvación de muchos que, vuelta á la Iglesia soberbiamente las espaldas, cayendo en diversos errores, se precipitan en la eterna condenación; y nos angustiamos también por aquellos Estados que, con tristeza, vemos alejados de Dios, dormirse con estúpida seguridad en el borde del precipicio. *Nihil Ecclesiae par est.... Quot Ecclesiam oppugnaverunt, ipsique perierunt? Ecclesia vero ceteros transcendat. Talis et Ecclesiae magnitudo: vincit impugnatam, insidiis appetita superat.... luctatur nec prosternitur, pugilatu certat, nec vincitur.* No solamente no ha sido superada nunca, sino que conserva entera aquella virtud reformadora de la naturaleza, principio de salvación, y en todos los cambios de los tiempos inmutable, que perennemente alcanza y deriva de Dios. La cual, si ya por virtud

divina, regeneró el mundo envejecido en los vicios y extraviado en las supersticiones, ¿por qué no ha de lograr hacerlo volver á la senda recta?

Callen una vez siquiera las sospechas y los odios, y quitados de en medio los obstáculos, sea en todas partes señora de sus derechos la Iglesia, á la cual compete conservar y difundir los beneficios de la redención. Entonces se verá prácticamente hasta dónde llega el poder de la luz del Evangelio, y lo que puede la virtud de Cristo Redentor.

En este mismo año, ya casi al terminar, se han visto, como al principio hemos dicho, no pocos indicios de que la fe vuelve á revivir en los corazones. Quiera Dios que esta casi chispa levante la llama que, destruidas las raíces del vicio, desembarace prontamente el camino á la veneración de las costumbres y á las obras saludables. Nós, elevado al gobierno de la mística nave de la Iglesia en tiempos tan borrascosos, dirigimos la mente y el corazón al Piloto divino que está sentado invisible en la popa gobernando el timón.

Tú ves, ¡oh, Señor! cómo de todas partes se desatan impetuosos vientos, y el mar se enfurece levantando altísimas olas. Tú, que todo lo puedes, manda á los vientos y al mar. Devuelve á la familia humana la verdadera paz que el mundo no puede darla, y la tranquilidad del orden. Vuelvan los hombres, merced á tu gracia y á tu impulso, al orden debido, restaurando en sus corazones la piedad hacia Dios, la justicia y la caridad hacia el prójimo, y la templanza hacia sí mismos, con pleno dominio de la razón sobre el apetito.

Venga el Tu reino, y aquellos que lejos de Ti se afanan vanamente en la investigación de la verdad y de la salvación, entiendan que es indispensable que se sometan á Ti y te sirvan. Es connatural en las leyes la justicia y una suavidad completamente paternal; y Tú mismo espontáneamente nos das, merced á tu gracia, la fuerza necesaria para observarlas.

Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, y Tú mismo *certamen in spectas, et adjuvas hominem ut vincat, et deficientem sublevas et vincentem coronas.*

Con el ánimo lleno de estas consideraciones, y levantado á segura y ardiente esperanza, Nós amorosamente os damos en el Señor, á vosotros, Venerables Hermanos, al Clero y á todo el pueblo católico la Bendición Apostólica, prenda de celestiales dones, en testimonio de Nuestra benevolencia.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el día de la Natividad del Señor del año 1888, undécimo de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

LA SUPUESTA PAPISA JUANA

I



La Revista de España es más cara que La Correspondant, La Civiltà Cattolica, La Revue des questions scientifiques, The Contemporary Review, etc.; pero no se parece en nada á estas publicaciones. Dígallo, entre otros, un artículo de D. Pedro Pérez de la Sala sobre las Costumbres españolas del siglo XVII, que vió la luz en el número de 15 de Enero, prólogo, ó cosa así, de otros que se propone publicar el citado autor. Asienta como principio, que el Clero, por regla general, cultivaba en aquel siglo la literatura de obscenidades y suciedades, citando en apoyo de tan peregrino aserto á Tirso de Molina y al P. Cornejo, Arzobispo que fué de Santiago. No hay tal Arzobispo de Santiago, si bien existen dos sonetos muy sucios, que la Biblioteca de libros raros atribuye al mencionado religioso. Si hubiéramos de juzgar de la moralidad de un pueblo por algunos trozos de literatura,

quizá desconocida de los coetáneos; aún más, si la hubiéramos de calificar por las novelas, como pretende el Sr. Pérez de la Sala, bastaría pasar la vista por la biblioteca de una estación de ferrocarril para renegar de la moral del siglo XIX. Mas no hemos tomado la pluma para refutar al articulista bajo este aspecto, sino para hacernos cargo de la frase aquella de los *tiempos de ignominia para el Papado*, en que ocuparon la silla del Pontífice mozos imberbes (no tanto), ya que no mujeres.

Vamos que también el Sr. Pérez de la Sala hace historia. ¿Dónde están las mujeres que ocuparon la silla de San Pedro? ¿Cuándo? ¿Quiénes? Parece increíble que un escritor que pasa de los sesenta años de edad, según propia confesión, y que considera al Sr. Suárez Brabo «extraño á los más rudimentarios elementos de la historia», se halle él mismo tan atrasado en la crítica histórica, que se atreva, en pleno siglo XIX á referirse á la fábula de la Papisa Juana; pues no otro es el sentido que puede darse á las pretensas mujeres sentadas en la cátedra romana. Recordemos el origen de esa fábula monstruosa, y la imposibilidad de recurrir á ella como á lugar típico para rebajar el Pontificado.

II

Hacia el año 1559 se divulgó la historia de una Papisa, que se hubiera sentado en la Sede romana 705 años antes. El protestante Juan Henold editó la crónica de Mariano Scot, escritor del siglo XI, interpolando en ella las siguientes palabras: *Leo Papa obiit Kalendis Augusti DCCCLIV; huic successit Joanna mulier annis duobus, mensibus quinque, diebus quatuor*. Es decir: el Papa León IV murió el 1.º de Agosto de 754, sucediéndole una mujer llamada Juana, que ocupó la Sede dos años, cinco meses y cuatro días. No contento el protestante de Basilea con esta primera falsificación, añadió esta otra impostura al editar la crónica de Martín de Polonia: «Después de León IV, ocupó la silla dos años, cinco meses y cuatro días Juan el Inglés, de Mayensa. Se dice que era mujer, y que en su juventud, siguiendo á un amante y disfrazada de hombre, había ido á Atenas, y concurrido á las escuelas de aquella célebre ciudad, haciendo tales progresos que aventajaba á los maestros. Vuelta á Roma, y conservando su disfraz, enseñó lógica, física y moral, con aceptación tanta, que los más doctos se gloriaban de ser sus discípulos. La aureola de su ciencia y la fama de su virtud, la elevó por unanimidad al Sumo Pontificado. Pero su conducta en esta dignidad no correspondió á su fama; antes bien en una procesión pública, desde San Pedro á San Juan de Letrán, sintió dolores de parto, entre San Clemente y el Coliseo, y murió y fué enterrada en el mismo sitio. Por horror á tan extraño acontecimiento se dice que los Papas no pasan por aquel lugar.»

Hemos querido transcribir íntegros esos textos del mismo editor, principales fundamentos de la fábula, para enseñanza de los que, sin conocerlos la repiten, á pesar de que hace años que fué pulverizada completamente por Leibnitz, Blondell, S. Mares, Wagenseil, Marquard-Frecher y por el mismo Bayle. La Papisa inventada por Henold y llamada por él Juana, es conocida también con los nombres de Inés, Dorotea, Isabel, Margarita y Gisberta. Nació en Mayensa según unos, en Inglaterra según otros. Dice Henold que estudió en Atenas; más como es sabido que en el siglo IX no había escuelas en Atenas, ni apenas pueblo, pues todo lo habían destruido los búlgaros, quieren otros que haya cursado y recibido los grados en París. Ciertamente que tampoco en esa fecha se conferían aún grados académicos. Pero ¿quién se para en semejantes anacronismos?

III

Antes que Henold, había Guillermo el Pequeño editado en París, 1513, el *Cronicón* de Sigiberto de Gemblours, falsificándole con esta adición: «Á León IV sucedió Juan. Se dice que era una mujer, que había ocultado su sexo al público, aunque bien lo conocían algunos de sus familiares, y que parió siendo Papa.»

Tenemos, pues, á la vista, tres textos impresos en el siglo XVI, suponiendo (se dice) una Papisa en el siglo IX. Respecto al *Chronicon universale* del benedictino Mariano Scot, existe el Códice autógrafo del autor y otros manuscritos antiquísimos, y no dicen una palabra de semejante Papa Juan ó Juana, que haya sucedido á León IV. Así lo atestigua el erudito Waitz. Lo propio afirman con referencia á la historia de Martín de Polonia, piadoso Arzobispo de Gnesen, los sabios protestantes que hemos citado más arriba, quienes están contestes en señalar como apócrifo el capítulo que hemos copiado.

Finalmente, los Sres. Perts y Bethmann, concienzudos editores de la obra *Monumenta Germaniae*, hacen la misma declaración respecto á la *Crónica* de Sigiberto de Gemblours: en ningún manuscrito se halla la historia de la supuesta Papisa.

Ni es posible en sana cronología, engastar semejante personaje en la serie de los Papas. San León IV murió el 17 de Julio de 855 (no en las calendas de Agosto del 854, como quiere el falsificador de los manuscritos). El Cardenal de San Calixto Benedicto III fué elegido inmediatamente Papa por unanimidad. Se enviaron legados al Emperador Luis II para la solemnidad de la consagración y coronación, y después de algunas dificultades y de un triduo de ayunos y oraciones, el nuevo Papa fué consagrado y entronizado el 24 de Septiembre de 855, en presencia de los legados imperiales y de su ejército de francos. Ninguna nube empañó este hermoso Pontificado hasta la muerte del Pontífice, acaecida el 10 de Marzo de 858.

Inmediatamente y en presencia del Emperador, que se hallaba en Roma, fué elegido Papa Nicolás el Grande, y consagrado el 24 de Abril de 858. Cronología es esta afirmada por todos los escritores coetáneos, latinos y griegos, por el VIII Concilio Euménico de Constantinopla, celebrado en 869, y por el mismo Focio, enemigo implacable de la Santa Sede, y cuyas son estas palabras: «Nuestra generación conoció al noble Pontífice León IV, y no es posible dudar de su santidad, atestiguada por los milagros que hizo en vida. Tuvo por sucesor á ese ángel de caridad y de mansedumbre que se llamó Benedicto. Á éste sucedió Nicolás.»

IV

¿Cómo intercalar en esta apretada serie al Papa Juan ó Juana, inmediato sucesor de San León, según Henold, y que reinó más de dos años? La Papisa Juana es una invención calvinista, inserta en las obras de Boccacio y del Petrarca, aceptada por los compiladores de las Centurias de Magdeburgo, y citada con énfasis por los cortesanos de la reina Isabel de Inglaterra, escandalizados de ese laxismo romano, capaz de empañar el pudor de la reina doncella. También algunos escritores de nuestros días truenan contra el laxismo moralista del siglo XVII, sin parar mientes en que no hubo jamás escritores católicos capaces de justificar la licencia de sus escritos.

Por lo demás, dice muy bien Muratori, es ridículo pararse á refutar una fábula relegada ya ha tiempo al dominio de las imposturas y necedades. Tan toscamente fué inventada y desarrollada, que se dice en ella que el Papa iba de San Pedro á Letrán, para celebrar la misa, cuando se sintió enfermo; y todos saben que el siglo IX vivía el Papa en el pala-

cio de Letrán. Se añade que la procesión era la del *Corpus*, sabiendo todo el mundo que esta procesión fué instituida 400 años más tarde por el Papa Urbano IV.

Dice muy bien el P. Rivas en su *Curso de Historia eclesiástica*: los calvinistas, padres en otro tiempo de este engendro, se avergüenzan hoy de citarlo, por su completo descrédito.

FR. R. MARTÍNEZ VIGIL.

Oviedo, Enero de 1889.

GALICISMO Y FLAMENQUISMO



LA moderna sociedad española es amiga de las exageraciones: no gusta del término medio, en el cual, según se dice, consiste la virtud, y abusando de todo, y generalmente de lo malo, vicia nuestras costumbres rompiendo las páginas de la tradición y de la historia. Sin ser pesimistas se puede afirmar que nuestro carácter se bastardea visiblemente y que la vida social de España está amenazada de mal grave, producido por el virus que nosotros mismos inoculamos en su robusto organismo.

La moda divorciada del buen sentido todo lo corrompe y adultera; y si se sale de las ridiculeces inofensivas de trajes y decoraciones, amaga grandes daños á los pueblos que en sus brazos se arrojan: imitar de un país extraño ó de una clase determinada vestidos y adornos (siquiera sean tan estrafalarios como los que vemos en nuestras calles), poco ó ningún daño puede ocasionar; pero remedar usos y costumbres de dudosa bondad; frases y conceptos que menoscaban la pureza del idioma patrio; leyes que se bastardean al trasponer la línea fronteriza, y otros mil elementos llamados de vida y que á menudo ocasionan la muerte, puede dar origen á consecuencias fatales para la existencia pacífica é independiente de una nación.

Y España, esta pobre España nuestra, angustiada madre que llora su grandeza perdida y su decadencia, alberga en su seno una mayoría de hijos ingratos que por ofuscación liviana ó por criminal condescendencia, olvidados de que el más honroso título con que siempre se han envanecido los españoles es el de la tradicional hidalguía y caballeresca nobleza, han ingertado en nuestro suelo patrio exóticas plantas que han de ahogarnos con las deleterias emanaciones de sus flores.

El español pasó los Pirineos y trajo de Francia la frivolidad, el carácter ligero é impresionable, sin reflexión ni solidez; y no contento con el galicismo, que hasta se introdujo en el Diccionario de la lengua, buscó en las tabernas y plazas de toros la quinta esencia de los vicios de la plebe, para envanecerse con eso que llaman *flamenquismo*, hasta en los salones aristocráticos.

Empeoró de barbarismos los escritos que habían de informarse en la lengua en que Cervantes y Granada esculpieron aquellos grandes monumentos de las letras españolas y oscureció la claridad del idioma con frases y modismos recogidos en las esferas más bajas; y mezclando los galicismos aprendidos en cualquier papelucho de París con los charachos de chulos y toreros se engendró esa jerga informe, ininteligible y vergonzosa con que buen número de nuestros flamantes escritores describen hasta las fiestas palaciegas, envaneciéndose de su lenguaje cual si Rivadeneiras ó Jovellanos se llamaran. De aquí resulta que para entender aquella mezcolanza, haya que tener en la derecha mano un léxico galo, al mismo tiempo que con la otra llamamos á algún matarife ó bufo que nos dé lecciones de esta modernísima gramática. Y esto pasa con la lengua de los dioses, como la llamaba el emperador Carlos V, lengua con la cual se formó esa literatura

clásica que causa justamente la admiración y envidia de los extraños.

Esta influencia desdichada se ha ejercido también en las artes, pues dando de mano *El vaudeville* y *el cante* y el realismo *galo-flamenca* de nuestras artes plásticas, ahí está la dramática de los numerosos teatros de hora, encargada de avergonzarnos, y cuyos autores buscan su inspiración en los libros franceses y en las cantinas españolas; muchos que no conocían la vida de la plebe viciosa hánla aprendido asistiendo á semejantes representaciones. ¡Y esto sucede en la nación que dió cuna á Calderón y á Moreto, á Bretón y á Ayala!

De trajes no hay que hablar; porque sabido es que el *elegante* español que no viste la estrambótica moda del Sena usa *traje corto*. ¡Valiente gusto el gusto de quien para vestir con distinción, desciende á las últimas capas de la sociedad...!

Nuestras costumbres aspiran á ser fiel trasunto de las costumbres de allende el Bidasoa. Ya el duelo se va naturalizando entre nosotros, que sabemos que el honor se encuentra en la punta de la espada ó en la bala de la pistola; ya el suicidio, verdadera epidemia en Francia, demuestra que hay en España quien cree mejorar de situación levantándose la tapa de los sesos; ya menudean los divorcios; ya se multiplican los conspiradores y huelguistas; ya no nos reímos del espiritismo y de los milagros hipnóticos, ni nos escandalizamos al oír una blasfemia: somos *espíritus fuertes*, gracias al espíritu de los franceses, que atravesando los montes Pirineos viene á regenerarnos, como viene á enardecernos el *espíritu* del Champagne con que también influyen en nosotros los afortunados vecinos.

Estas costumbres alternan con las costumbres de la *gente del bronce*. Sabemos vivir en la taberna y jugar á las chapas y cantar *jondo* acompañados de la guitarra, y bailar sobre las mesas y resolver á navajadas las cuestiones. Y así en este consorcio de ambas modas, vamos pasando la vida alegremente sin importarnos un ardite que la ilustre España, recogiendo los harapos que quedan á la bandera roja y gualda, se vende los ojos para ocultar de su vista tamañas aberraciones.

La aristocracia nos da el ejemplo y lo que ayer fué bizarría y nobleza, patriotismo y dignidad, hoy se ajusta al patrón más vulgar, vistiéndose y obrando como se visten y obran sus más inferiores é incultos *pecheros*. Y la clase media, ganosa de imitar las acciones de la elevada, de quien debiera venir el buen ejemplo, se afana por seguir los rumbos que le marca el *gran mundo*, resumen de pequeñeces y miserias. De este modo, unos por resabio, otros por servil parodia y los terceros por rutinaria aspiración, se encuentran conformes las tres clases de la sociedad española, que parece que aspiran á destruir el típico carácter nacional, borrando los recuerdos de tradicionales costumbres.

¿Tiene remedio este mal que (salvas excepciones honrosísimas) tanto abunda? Sí, lo tendría. ¿Cómo? Partiendo el ejemplo de arriba. Mientras nuestros gobernantes busquen inspiración para sus leyes en códigos é instituciones extranjeras; la nobleza descienda al tipo más bajo de su nivel; la clase media no se limite á su verdadera esfera de acción, y el pueblo acoja tales abusos, creyendo que las clases acomodadas se democratizan, siendo así que más bien se degradan; mientras no demos más aprecio á lo bueno de casa y menos á lo malo de la del vecino, nada conseguiremos en favor de la independencia nacional. Pongamos de nuestra parte lo que el patriotismo nos exige, y lejos entonces de perder nuestra fisonomía propia; de desmerecer á los ojos de los demás pueblos, nos mostraremos verdaderos españoles y seremos dignos de envanecernos con esa historia gloriosa que nos legaron nuestros antepasados.

ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ.

LAS BODAS DEL SOL CON LA ESTRELLA MATUTINA

FANTASÍA ORIENTAL

Á LA EXCMA. SRA. D.^a GUADALUPE FIGUEROA

En carroza diamantina
salió el Sol por vez primera,
y vió brillar en la esfera
á la Estrella matutina.

De su belleza sin par
prendado, al carro la sube,
y al resplandor de una nube
la circunda de azahar.

La Estrella de amor suspira,
el Sol en amor se inflama,
y arde fulgida la llama
del himeneo en la pira.

Y quisieron celebrar
las bodas con tal grandeza,
que agotaran la riqueza
de la tierra y de la mar.

A ellas el cielo se unió,
y con galas tan brillantes,
que en raudales de diamantes
el Arco Iris esmaltó;

y de su centro pendían
esmeraldas en collares,
y á los lados, en pilares,
rojos rubíes ardían.

Y se vía en lontananza
un dosel de oro y de tul
del color de aquel azul
que tiene el cielo en bonanza.

El lecho de los amores,
de nácar y oro bruñido,
por ninfas era mecido
sobre otro lecho de flores.

En tazas de malaquita,
sobre trípodes de plata,
el aura aromas desata
hasta la esfera infinita;

y entre las nubes de aromas
pintadas aves volaban,
los ruiseñores cantaban,
y arrullaban las palomas.

Las apas, de cuerdas de oro,
pulsan manos virginales,
y voces angelicales
himnos entonan á coro.

Hadas y genios y huríes,
y de la gloria las almas,
vienen á ofrecer en palmas
nardos, rosas y aliñeles.

Preciadas perlas de Oriente
del mar ofrecen las olas,
púrpura las amapolas,
polvos de oro la corriente.

Orillas del campo ameno
las olas brotan corales,
y los más ricos metales
de la tierra agota el seno.

Dan de la luz los fulgores
tal brillo á flores y estrellas,
que nadie distingue al vellas
las estrellas de las flores.

Las plantas besan sus pies
y del río la corriente,
de la nube el rayo ardiente,
los árboles y la mies.

De tal modo compitió
en buscar dones el celo,
que la tierra subió al cielo
y el cielo á tierra bajó.

Con coronas de azahar

sus castas sienas orlaron,
y en carro triunfal marcharon
por tierra cielos y mar.

Y en raudal vuelo corrían
sobre camino alfombrado
de perlas y oro cuajado
que los ángeles vertían.

De tanta grandeza en pos
va otra superior grandeza,
porque la naturaleza
y el hombre gritan ¡hay Dios!

Para ver fiestas tan bellas
rasgó la gloria su velo,
y á las ventanas del cielo
se asomaban las estrellas.

Y cual se duerme la ros
del céfiro al casto beso,
sumidos en embeleso
duérmense esposo y esposa.

Y unión de bienes prolijos
dió en sucesión ramas bellas:
sus hijos fueron estrellas,
y luceros son sus hijos.

¡Sol! ¡Estrella! El alma mía
ve contemplando á los dos,
en él, la imagen de Dios,
en ella, la de María.

LEÓN CARBONERO Y SOL.

Enero 1889.

LAS BELLAS ARTES EN ESPAÑA

DURANTE LA EDAD MEDIA
POR EL CONDE DE LA VIÑAZA

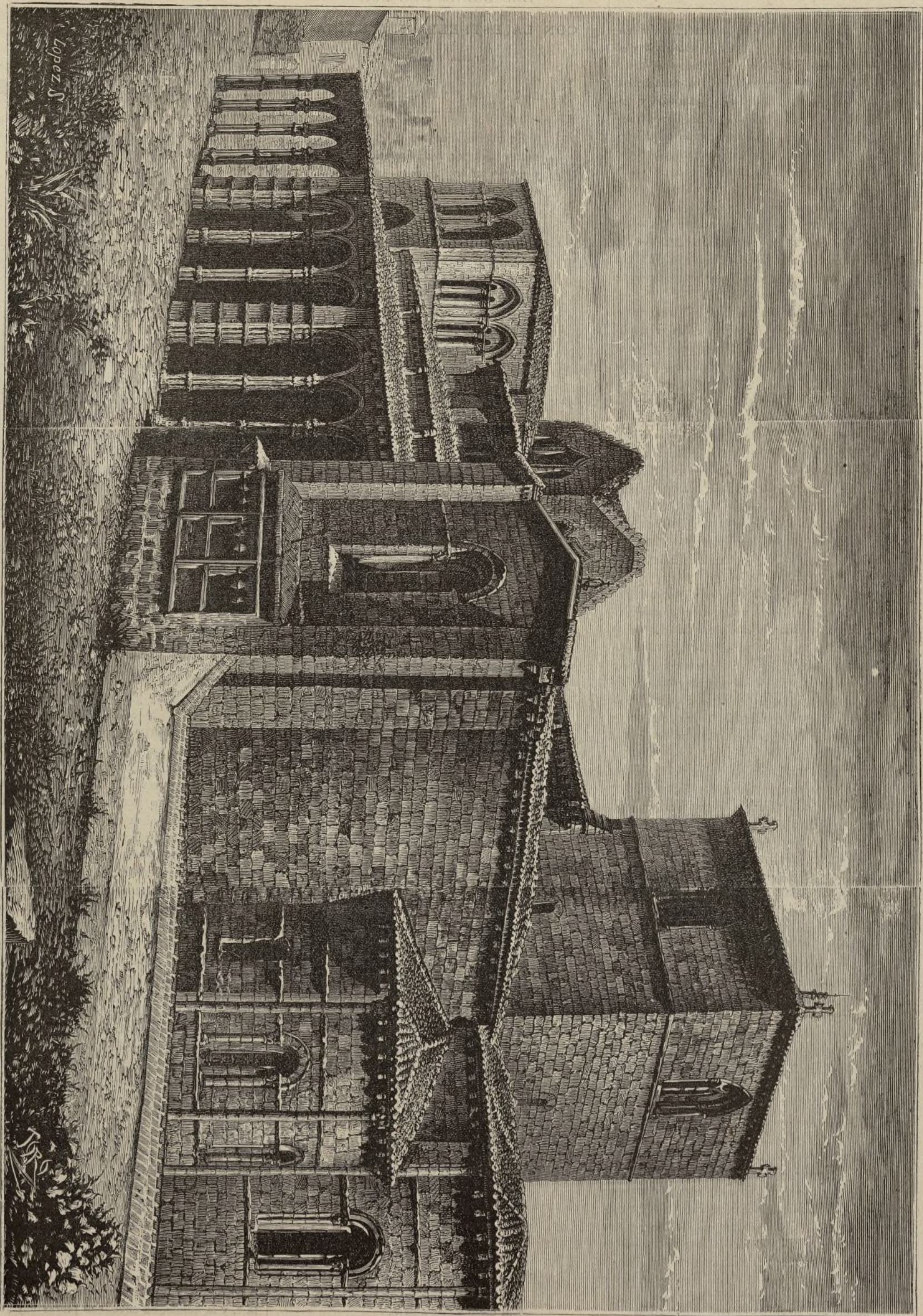
Notas, ordenadas en forma de Diccionario, sobre más de 400 artistas
no citados por Cean Bermúdez, ni por Llaguno.

(Continuación.)

E

Enrique (MAESTRE), vidriero. Era vecino de Toledo y estaba casado con María Maldonada.

Por una concordia y capitulación hecha con los obreros y visitantes de la Catedral de Toledo, en nombre del Deán y Cabildo, comprometiéndose el maestro Enrique, el 11 de Junio de 1485, á hacer en dicha Basílica « las vidrieras con imágenes, figuras, lazos y otras cosas, con labores muy bien repartidas y entretejidos los colores, y otras obras, en las ventanas y lugares donde fuere menester. » A este efecto entregáronsele 150.000 mrs. para que fuera á Flandes ó á otra cualquier parte que él quisiera, donde hallase buen vidrio, así blanco, como azul, verde, colorado, morado, amarillo ó prieto, que le sirviera á sus propósitos. En 1486 hizo Enrique dos vidrieras para la Capilla de San Blas. En 1487 una para la Capilla de San Pedro el Viejo y otra para la de Santa Lucía; y la vidriera de « la ventana junto al espejo de la puerta del perdón, de fazia la capilla de los rreyes, en que ay en ella una ymagen de nuestra señora, e de san lucas e de sant marcos »; la de la ventana que está « en la fazera facia el cabildo, en que están las imagines de San Salvador e sanct juan, e sanct mateo »; la de la segunda ventana, « en la qual se contienen las ymagines de sant juan bautista e sanct pedro e san pablo »; y la de la tercera ventana de la « dha fazera de hazia el cabildo en que ay la estoria de san grauiel e sanct iñigo e santo tomé. » En el año 1488 terminó la vidriera de la cuarta ventana, compuesta de seis piezas, y se colocó, « en que se contiene las ymagines de sancta maria, é sanct felipe, e santo alfonso, e sancta catalina, e sancta margarita, e sancta marta », y la quinta, en cuyas seis piezas hay « las ymagines de sanct miguel, e sanct fabian, e sanct sebas-



AVILA. BASILICA DE SAN VICENTE, dibujo de López.



CATALUÑA. EL CASTILLO DE SAVASSONA, dibujo de Pahissa.



tian, e sancta cristina, e sanct bartolomé e sanct lorengo"; y asentó en este mismo año una vidriera sobre el altar de sanct martin en que está la imagen de este Santo con dos Obispos á sus lados. Arregló también en igual año, en la Capilla de San Alfonso, un pedazo roto de la vidriera en que representaba la imagen de San Juan Bautista; y asentó otra con la imagen de Nuestra Señora en el Sagrario; y la sexta ventana que está encima del coro del señor arzobispo, en cuyas seis piezas se ven á San Andrés, San Cristóbal, San Agustín, San Jerónimo y San Gregorio; y otra vidriera que hay sobre la capilla de los reyes, *cabe el cabildo*, en que está el *ofrescimiento de los rreyes*.

En 1492, ya era fallecido el maestro Enrique, dejando terminado buen número de obras, las cuales se encargaron de asentar ó colocar su mujer y herederos. Eran aquellas la séptima ventana «de la dicha facera; que está encima de los organos chiquitos del coro del arzobispo», cuyas seis imágenes eran San Cosme y San Damián, Santa Cecilia, San Juan, Santa Leocadia, San Julián; la que está sobre la tribuna de la epístola, «entre las dos ceras hacia la puerta nueva»; la que está *cabo el lazo de la puerta nueva e cabo los organos grandes*, con ocho imágenes; y «la que está entre los dos coros á la puerta de las ollas, cabo el reloj cabo la capilla de sanct Pedro, que está en el espejo grande, é Dios Padre, e hay siete ymagines». Y en 1493 colocaron los herederos del maestro Enrique, otra ventana (con la historia del Nacimiento), *cabo la puerta del Dean*; y otra grande en la ventana que «está sobre la tribuna del Evangelio, á la parte del reloj», con ocho imágenes mayores.—Tantas y tales fueron las obras que ejecutó el célebre maestro Enrique en la Catedral de Toledo, con más las vidrieras de muchas claraboyas, representando una superficie total de 5.654 palmos y medio tercio que á 115 mrs. cada uno, valiéronle á él y á sus herederos 640.229 mrs. cuya cuenta se cerró en fin de Marzo de 1493.—*Arch. de la Cat. de Toledo. — Zarco.*

Escardo (PEDRO JAIME), platero que floreció en Barcelona á fines del siglo xv. Léese su nombre en un documento de su arte, de 1495.—*Arch. del gr.*

Escuder (ANDRÉS), arquitecto. Sucedió al maestro *Gual* el año 1442, en el cargo de maestro de las obras de la Catedral de Barcelona. Se halla noticia de él hasta 1451; y cobraba 4 sueldos diarios y 100 de gracia en la fiesta de Navidad. Puede considerarse como el último verdadero maestro de la Fábrica; pues todos los trabajos posteriores á este artífice atañen principalmente á la escultura y adornos del edificio.—*Arch. de la Cat.*

Espinar (PEDRO), grabador en hueco y entallador de la Real casa de la moneda, de Segovia. Fué nombrado por la Reina Católica en Julio de 1497, y existe el título en el Archivo de Simancas.

Esteve (JUAN), iluminador y escribiente de letra redonda, vecino de Barcelona en 1448.—*Arch. municip.*

F

Fabreges (FRANCISCO), platero que vivía en Barcelona á fines del siglo xv.—*Arch. del gr.*

Facundo, pintor de iluminación. Así se llamaba el que escribió é iluminó el año del Nacimiento del Señor, 1047, un libro que existía en el monasterio de San Isidro de León y contenía la exposición del Apocalipsis hecha por Beato el de Vallabado. Dice Ambrosio de Morales que es el más rico de cuantos había visto de antiguos y modernos de España, porque tiene todas las profecías é historias del Apocalipsis, de riquísima iluminación, como que se escribió para el Rey D. Fernando el primero ó el Magno! En el principio vése la cruz de los Angeles

como tienen todos los libros de cien años atrás: dice luego en una cifra cúbica «*Fernandus rex, Sancta regnia*»; y en el fin se lee que escribió aquel libro, uno llamado *Facundo*, y que lo acabó el año del Nacimiento 1047. El mérito de las figuras de las historias en el dibujo es ninguno; pues corresponde al estado que tenían las bellas artes en aquella época, pero el del colorido merece elogios por la brillantez y frescura que conserva.—*Card.*

Farache (MAESTRE), arquitecto de nombre, al parecer morisco, que floreció en Aragón á mediados del siglo xv. Dirigió las obras del derribo de las almenas y antepechos del *Castillo del Reloj* de Calatayud; compró las vigas para el reloj que dió su nombre á la torre é hízolas subir; construyó dos torrecillas y adobó el chapitel.—*Arch. municip. de Calat.*

Farrán (FRANCISCO), platero, vecino de Barcelona en 1495.—*Arch. del gr.*

(Continuará.)

EL PADRE CLARET



L. Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio María Claret y Clará nació en la industriosa villa de Sallent, en Cataluña, el día 23 de Diciembre de 1807. Desde niño mostró afición al Sacerdocio; mas la muerte de quien al efecto le aleccionaba fué causa de que se le aplicase por algún tiempo á tejer algodón, industria que sus padres tenían establecida, en la que tan rápidos progresos hizo, que se decidió enviarle á Barcelona para su perfeccionamiento en ella.

Bien hubiera podido crearse, merced á sus disposiciones, una sólida posición; mas su piedad acendrada, continuas lecturas y desengaños sufridos movieronle á abandonar sus gratas tareas de «dibujar y resolver problemas» por otras que estimó más fructíferas.

Reemprendidos sus estudios en el Seminario de Vich, no tardó el Obispo de la Diócesis en ver algo extraordinario en aquel escolar, y le promovió al Subdiaconado antes de plazo, ordenándose de Presbítero en Solsona en el año 1835.

Desde entonces, ó sea desde 1840, fué la vida de Claret la de un verdadero é infatigable misionero apostólico, no pidiendo ni admitiendo pago alguno por sus predicaciones, ni llevando más equipaje que su breviario y ropa de uso: á pie realizaba larguísima jornadas, durante las cuales se alimentaba de limosna; predicaba la paz y la obediencia, según afirma el Marqués de Nóvaliches, Capitán general de Cataluña á la sazón, y ante quien fué denunciado como perturbador del orden público en aquellos difíciles y temerosos tiempos, y el efecto de su palabra era evidente en las muchedumbres que acudían á escucharla.

Pasó desde Cataluña á ejercer su ministerio á Canarias, y restituído á Vich, su patria adoptiva, realizó la idea de crear la Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón de María, extendida hoy por Europa, América y Africa, en tanto que, á despecho de sus deseos, era nombrado Arzobispo de Santiago de Cuba: de cómo allí cumplió con los deberes de su prelación dan testimonio persuasivo 40.000 hijos naturales legitimados y 12.000 matrimonios subsiguientes, contribuyendo no poco á suavizar las cadenas de la esclavitud, ya que no consiguiese romperlas del todo; tuvo en debida cuenta los intereses materiales de sus diocesanos creando Cajas de Ahorro en las parroquias, y una Casa de Caridad y una granja modelo en Puerto Príncipe. Todo ello no fué obstáculo, antes quizá incentivo, para que se intentase asesinarle en Holguín, resultando herido, y no cesando hasta que consiguió el perdón de la vida para su agresor.

Sólo por indicación de Pío IX aceptó en 1857 el cargo de confesor de la Reina Isabel II, ya que, según escribía, «no era según sus inclinaciones, sino más bien contra ellas»; así pudo dotar al Monasterio del Escorial de una Congregación de Presbíteros y de Instituto de Segunda enseñanza; atentóse también en Madrid contra su vida, y sufrió pacientemente las burlas y diatribas de los incapaces de conocer su bondadoso celo, rayano á las veces en el extremo candor.

Restablecido á la Corte por orden de Su Santidad, de la que se había alejado cuando vió mermada la soberanía temporal del Papa en 1865, acompañó en el destierro á la mencionada Reina. Tomó parte en el Concilio Vaticano, y murió en el Monasterio de Fontfroide, junto á Narbona, adonde, ya enfermo, habíale acompañado el P. General de su Congregación de Misioneros.

El día de su muerte lo fué el 24 de Octubre de 1870, con tanta y tan popular opinión de santidad, que en estos momentos se activa el proceso de su beatificación, en el que dan auténtico testimonio de sus virtudes los mas eximios Prelados españoles.

M. DE P.

EL MANTO DEL FRAILE



A tradición que vamos á referir data del siglo xiii, está admitida y aun consagrada por autoridad competente, y se desarrolla su acción en una cámara del castillo de la Almudaina y las azules ondas que bañan la capital de la fértil y hermosa isla de Mallorca.

En la cámara no se ostentaban ricos tapices ni tallados ensambles; nada revestía la bien unida piedra de sus muros: morisca alcatifa, sillones de roble forrados de cuero, pesada mesa de pies retorcidos, trofeos de armas; en el sitio de honor alto sitial superado de regia corona; bajo de ésta, las rojas barras de Aragón y la cruz de Cataluña venían á sintetizar la realeza del dueño, las costumbres, los hábitos y los gustos de aquella época sobria, severa y batalladora.

Lejos del sitial, cerca de la mesa cubierta de pergaminos, hallábanse dos hombres, uno hablando con mesura, otro oyendo con atención. De los hombres de éste descendía obscura sobrevesta guarnecida de pieles; de los de aquél el blanco escapulario y el manto negro de los hijos del insigne Domingo de Guzmán. Ambos tenían la cabeza descubierta, ambos representaban alta y augusta potestad: eran un Rey y su confesor.

Para el Rey, el confesor no era sólo el sabio, el elocuente, el filósofo, el teólogo eminente, aquel que en la Universidad de Bolonia, cursando entre lo más ilustre que afluyó á sus aulas, donde se enseñaba en diez y siete idiomas diferentes el derecho de cada uno de los países, que iban á estudiar el suyo en aquel centro casi cosmopolita; había ganado el libro, el anillo y la borla de Doctor y ejercido el Magisterio con universal aplauso; el confesor del Papa Gregorio IX; el penitenciario de Santa María la Mayor de Roma; el que, vuelto á su patria, abandonando cuanto Dios le había dado en posesión y el mundo en ofertas para retenerle en él, eligió la estrecha celda del religioso; el que, siempre huyendo de los honores, y siempre asediado por ellos, fué elegido por el Rey confesor y consejero, y su enviado en cuantos asuntos difíciles ó delicados tuvo Aragón que ventilar con Roma, Francia, Castilla ó Navarra.... el confesor representaba más que ciencia, honores y servicios de gran valía; para el Rey era el justo, el predestinado, el que por sus acrisoladas virtudes se eleva sobre lo más encumbrado que en la tierra tiene su asiento y su trono.

La aureola que circula la frente, en que el cerquillo del fraile formaba una corona de humildad; los rayos de beatitud del alma, desligada de las escorias terrenas, sin tomar de la vida más que sus asperezas, constituían el iris de sus tempestades, la esperanza suprema de todo lo ulterior. Queríale á su lado, necesitaba ser absuelto y bendecido por él, siéndole por sus méritos escudo, egida y salvación.

Puesta una mano sobre las faltas de su augusto penitente y otra sobre las nobilísimas cualidades del Rey, el confesor en el ejercicio de su ministerio llevaba muchos años á su lado. Habíale visto acometer y dar cima á magnas empresas; ejecutar heroicas hazañas; cubrirse de gloria en los combates; engrandecer sus Estados con sus conquistas, y á la Iglesia con espléndidas donaciones y numerosos monumentos, testimonio de su piedad; dictar leyes de aquellas que los pueblos conservan de generación en generación en su memoria; lo cual es más glorioso para el legislador que serlo en mármol con oro, y el confesor le amaba por todo el bien hecho, por la gloria conquistada, por los dominios traídos al de la ley divina de Jesucristo; y además de amarlo entrañablemente, estaba adherido á él por medio de la esperanza, que puesta en Dios no decae nunca.

Pero en el Rey — esto no lo dice sólo la tradición, la historia lo consigna — las pasiones eran ardientes; *habíanle como hechizado* — y nos valemos de la misma frase del historiador; — en algunos puntos la trasgresión del deber era continua, el extravío constante, las promesas quebrantadas según hechas; y el confesor, alterada su conciencia, se decía que los respetos humanos ni las afecciones del corazón, por muy profundas y merecidas que sean, no deben ponerse en el platillo de la balanza donde la culpa se pesa; que Dios, al darle la potestad augusta de atar y desatar en la tierra, había impuesto la responsabilidad tremenda de sus fallos; que en el hombre y el Rey amado se alzaba un penitente, y que éste no traía al Tribunal Sagrado ni arrepentimiento ni contrición; que sus resoluciones eran mera fórmula, y la fórmula vana por la inmediata funesta reincidencia; con esta convicción íntima, como por desgracia se había hecho en el sabio dominico, seguir absolviéndole era, en su juicio, la profanación del Sacramento, la autorización de un sacrilegio.

No había, pues, medio ni transacción en aquella delicada materia; el confesor tenía un severo deber que cumplir para con Dios, á quien se faltaba sin el atenuante de la ignorancia, y para consigo mismo sobre quien gravitaba el peso de las culpas reproducidas, y había venido á la regia cámara resuelto á llenarle, por más que, como todos los deberes impuestos á la criatura, tuviera espinas que clavarle y amargura que derramar en su corazón.

Llevamos dicho que el Rey y su confesor se hallaban de pie en el fondo de la cámara; por la faz pálida y serena de éste se extendía el tenue velo de las tristezas del alma, velo más blanco que la nieve que corona el monte y que suavizaba el tono severo de su potestad; la del primero hallábase animada por la fuerza irradiadora de todas las energías. El Rey, encerrado en su negativa, no consentía en la separación anunciada; sosteníala el confesor con firmeza, y de réplica en réplica, de reflexión en reflexión, de argumento en argumento, las causas subieron á la superficie. Entonces la personalidad, confundida y mortificada, alzó su frente y dijo:

— Severo y rígido como cumple, y acaso más de lo que cumple á vuestro carácter, no comprendéis ó no queréis conceder, como hay horas en la vida que no son de la voluntad, en las que todo late y el deber fieramente combatido enmudece, desmaya y no opone resistencia.

El semblante apacible del confesor reveló el pensar profundamente sentido.

— Creedlo — añadió el Rey persuadiéndose á sí propio; — el corazón habla muy alto; tanto, que aturde y no se oye más que á él; por eso Dios Nuestro Señor en el conocimiento de su hechura.....

Antes que concluyera la mano del confesor se alzó para contener las palabras en sus labios, condensándose las sombras de su frente. El Rey, que, así como de su valor, dejó de su clarísima inteligencia inequívocas muestras en sus memorias, cuya lectura cautiva el ánimo, y en algunos elegantes serventesios, porque el siglo XIII, lo mismo que de las batallas, fué el siglo de los filósofos, de los pensadores, de la controversia, del examen, de la ardiente sutilización de la verdad, y á la vez de los trovadores y la galantería convertida en religión especial del caballero; el Rey, en quien la palabra era fácil y los conceptos elevados, sacudiendo la arrogante cabeza que hallaba ligero el peso de sus tres coronas, después de contener la manifestación temeraria de su confianza:

— Con vos — dijo, — que de todo hacéis estudio, y que todo os habla su simbólico lenguaje, puede discernirse del hecho una razón.

Dispuesto á oírle, el confesor cruzó las manos bajo el blanco escapulario.

— Cien veces habréis visto — prosiguió el Rey — en el bosque ó la montaña el corpulento y fortísimo roble cuyas raíces vigorosas le afianzan en la tierra, cuya copa está casi tocando las nubes y viéndolo entre ellas á Dios. ¿Qué más alto? ¿Qué más poderoso?..... Pero se desata el huracán, ruje, le sacude, lo arranca y se lo lleva sacándolo de cuajo y dejándole donde le place. Pues bien, si con esa palabra que sin articularse seres y cosas se entienden, se le preguntara al roble cómo cayó de tan alto, respondería como yo os respondo: que contra los huracanes no hay resistencias posibles, por más que el alma lo sienta, pues el polvo es triste lecho y nadie se acomoda en él.

— El roble y el huracán, esas dos fuerzas desiguales de impulsión y de resistencia, ni aun empleadas como símiles, dicen lo que vuestro ofuscamiento les oye. El roble, señor, no da vida al huracán. En el sitio en que su Hacedor le ha colocado, montaña ó llanura, no le provoca y le resiste cuanto su naturaleza permite resistir. Ciertamente que cede y cae, pero cae como caía el atleta en el circo romano: para morir.

A su vez, el Rey cruzó los brazos sobre el pecho.

— Ahora permitid que continúe la comparación. El hombre, en su lucha con las pasiones, cuenta con algo más que tierra movediza para sostenerse: tiene la luz de la razón y la fuerza de la voluntad, que, como la fe, produce maravillas; el hombre hace lo que quiere, y cuando quiere; porque lo que le falta, que es mucho, lo recibe de Dios, á quien invoca. Todo es que se deja seducir por la voz de sirena de sus aficiones; que busca el placer, aunque éste traiga los pies enlodados; que, lejos de rechazar, acaricia el deseo de gozarle para no mortificar, ni momentáneamente, su molde quebradizo. ¿Dónde está la irresponsabilidad del hombre que, como el roble, rueda por el polvo donde sus pasiones le han derribado?

— Y sin embargo — repuso el Rey, — esa es la historia de todos los hombres, de todos los tiempos; lo que lleva consigo el continuo oleaje de la vida. ¿Quién sino los escogidos presentan su frente pura.....?

— Exacto: esa es la historia de la humanidad. Sí, se cae, porque no somos Dios para ser tentados por el enemigo y salir triunfantes sin la especialísima gracia de Aquél que lo fué y triunfó por su propia virtud: hay en la vida las horas á que antes aludisteis, en que por desventura, la razón padece un vér-

tigo y la conciencia un eclipse; pero en pos viene el reconocerlo, el arrepentirse, el dolerse con ese pesar profundo que por su intensidad consigue sea borrada del gran libro en que las acciones se anotan aquella que constituye el terrible cargo que nos abrumba. ¿No habéis leído en un libro santo la historia del Rey profeta? Pues David, señor, es la personificación de la flaqueza humana; la figura más perfecta del arrepentimiento; el modelo de la penitencia en su acción purificadora; es el hombre destinado á reflejar la debilidad de la criatura y la consoladora seguridad de su rehabilitación.

— Sí — afirmó el Rey con tibieza, — pero David..... fué David!

— Es que sin contarle, señor, la tierra está llena de seres á quienes la culpa ha manchado, pero que por dolor de haberla cometido se emblanquecen sus almas como la nieve; seres que se salvan, porque si cometen el mal, no perseveran en él; seres que si en su extravío se abrazan con Satanás, luego se queman el pecho purificándole para que repose en él su Salvador.

— Sea para bien suyo y gloria del que así los levanta hasta por cima de los Serafines — dijo el Rey reprimiendo su despecho; — pero yo que no soy el Santo Profeta, ni he quemado mi pecho para purificarle; que no soy el roble que resiste *cuanto su naturaleza alcanza*, ni aun la ortiga que con sus espinas puede preservarse de peligrosos contactos; mero hombre como los demás, falto, me arrepiento y me postro cual el último de los mortales, y acepto humildemente la ceniza con que desde vuestro *asiento de espinas* me cubris. Si os acometen inquietudes..... acercaos á la orilla del mar y ved cómo van y vienen sus olas bajo la ley que las rije, y antes de condenar..... compadeced.

— En vos, señor, hay dos entidades distintas que se unen para favorecerse — repuso el dominico en tono respetuoso; pero de inquebrantable firmeza, — en mí no hay más que una, y esa no puede doblarse ante el respeto humano. Vuestro confesor se retira para encerrarse en su convento.

— ¡Nunca! Porque aunque lo intentéis no he de permitirlo; pues el Rey ampara con su poder al penitente. Seguid á mi lado, yo con la carga de mis pasiones, vos imponiéndoles sin tasa los correctivos que merezcan. ¡Transijamos!

— No caben transacciones en el deber. Vuestra conciencia queda despierta y su inútil vigilante se va, cerrando su cuenta por vos con la suya.

Una potestad había dicho su última palabra; la otra se dispuso a pronunciarla á su vez, poniéndose frente á frente.

El Rey fué á la mesa, tocó un silbato de plata, á cuyo eco se presentó un paje.

— A miser Hugo de Moncada, que le necesito — dijo el Rey, — y le espero.

Moncada era el Gobernador de Mallorca; su intervención revelaba que el Rey se disponía á usar el derecho del fuerte: la violencia.

Retiróse el paje, y el Rey y su confesor quedaron en silencio. El primero, como el león, sacudía á intervalos la melena, que descendiendo por el robusto cuello reposaba en los hombros; el segundo, sin perder su apacible serenidad, inclinada su cabeza coronada de cabellos blancos, se concentró en sí mismo.

Sin hacerse esperar el Gobernador de Mallorca se presentó en la cámara, con sorpresa y aun temor por la premura.

Dijole el Rey que se acercara, y en períodos breves y cortados por la cólera:

— Miser Hugo — añadió. — ¿Véis ese Religioso? Es el reverendo Fray Raimundo de Peñafort, del Orden de Predicadores, mi confesor y mi consejero. ¿Le conocéis bien?

El Gobernador era un hombre de hierro, medio

ingerto en cortesano, y sólo, en su prudencia, se permitió afirmarlo.

— Pues siendo así, anunciad á todas las naves surtas en el puerto, que Nos, Don Jaime I, Rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia, mandamos que en ninguna sea admitida la persona de nuestro confesor para conducirla fuera de la isla, y que el que contraviniere será castigado con la muerte, sin que haya excusa ni piedad para él.

La sorpresa se pintó en el rostro de Hugo de Moncada, y sin poder reprimirla, llevó sus asombrados ojos del Rey al confesor y del confesor al Rey.

— Id — dijo éste con acento que no admitía réplica ni dilación. — Que la orden circule por la costa y sea cumplida en todas sus partes.

El Gobernador, dominado por la imperiosa actitud del Rey, salió apresurado de la cámara; y Don Jaime, aquel que ocupa en la historia gloriosísimas páginas, vuelto al confesor exclamó:

— Ahora que os he cerrado los mares, os abro la puerta de mi cámara, y no os digo tornad á mí porque tengo la certidumbre de que no me abandonaréis.

Una potestad se había impuesto á la otra: el Rey triunfaba.

— Voy á salir, señor — repuso el dominico sin perder su incomparable dulzura ni vacilar en sus propósitos; — pero antes, una palabra al Rey y otra al hombre.

El Rey se inclinó velando la altivez con el respeto.

— Es gran autoridad la vuestra, señor; estáis colocado muy alto; se os debe mucho de derecho; pero, aun en el lleno de vuestro poder, no olvidéis que el que dispone de la vida del hombre y se la arrebatara en un antojo, irremisiblemente tiene que dar cuenta de cada una de sus obras á Aquel que dispone de los reyes y los imperios; de Aquel cuyo cetro primero quebranta y luego pulveriza.

Clavó sus ojos en la enhiesta cabeza del Rey, y con profundo enternecimiento añadió:

— Por muy gratos que os sean los sueños que embargan al hombre, pensad que su sopor enerva; pensad antes de entregaros á ellos que forman las sombras que oscurecen el declive de la vida, y sacudiéndolos, como caudaloso río que corre por ancho cauce, seguid vuestra gloriosa carrera amando y bendiciendo para ser amado y bendecido.

Sin esperar respuesta, sin que al Rey se le ocurriera cómo dársela, el confesor le bendijo, y metiendo las manos dentro de las mangas de su túnica se dirigió á la puerta de la cámara, inclinada la frente y humedecidos los ojos.

La orden dada por el Rey se transmitió con prontitud á los bajeles anclados en la bahía y á los batelillos amarrados al muelle, produciendo, más que sorpresa, estupor. Notábase cierta agitación, como que la pena impuesta á la infracción ponía miedo hasta en los más osados, cuando el dominico apareció en el muelle seguido de un fraile de su Orden.

Como bandada de alciones los bateleros corrieron á sus bateles, desataron las cuerdas que los sujetaban, y á golpe de remo se alejaron algunas brazas á fin de evitar peticiones y negativas.

Entretanto, el dominico se adelantaba apoyándose en su grueso bastón de ébano, y como todos los que no tenían nave ó barquichuelo ibanle siguiendo con viva curiosidad, al llegar al embarcadero su cortejo no era escaso.

Sin cuidarse de los que venían en pos, así que hubo llegado á la orilla, se despojó del manto, anudó una punta al bastón y lanzó la otra punta al mar, sobre el que se fué extendiendo sin que el agua lo calase.

El religioso que le acompañaba mirábale en silencio con sorpresa indescriptible, mientras el apiñado concurso devoraba con creciente avidez la inmóvil y majestuosa figura del anciano, y el manto que siguió extendiéndose y flotando.

Pasados algunos instantes en tan extraña expectativa, el confesor alzó su mano, delgada hasta la transparencia, bendijo las rumorosas y mansas ondas, se hizo la señal de la cruz en rostro y pecho y puso el pie sobre el tendido manto que no se hundió con su peso; al contrario, quedó más y mejor desplegado sobre la tersa superficie.

Entonces volviéndose á su compañero, y con acento natural le dijo:

— Venid, hermano, venid.

El joven religioso le miró con asombro y, sin poder contenerse, exclamó con acento de terror:

— ¡A vuestro manto!

— Sí, no temáis; tened fe y seguidme.

En torno suyo la muchedumbre se estrechaba para contemplarles más de cerca.

— ¡Vamos, — dijo el confesor con persuasivo tono — y sea en el Santo nombre de Dios que cierra los abismos con su mirada....!

Por milagro de obediencia el temeroso fraile puso un pie en el manto, pero estaba tan pálido como la túnica que vestía.

— ¡Señor! — dijo entonces el dominico invocándole con la ardiente fe que llenaba su alma. — Tú, que obraste siempre altas y superiores maravillas, conduce ahora á tus siervos donde sea tu voluntad.

Tras esta breve y fervorosa súplica, por medio de un movimiento que le imprimió su brazo, el manto giró con la facilidad y precisión que gira el bajel á impulsos del timón, y se alejó de la orilla dejando en pos resplandeciente estela.

Mansa y acariciadora brisa empujó la improvisada nave, que, con angustia de los presentes, comenzó á deslizarse por las ondas apenas rizadas: su blando murmurio semejava un himno de amor, una salutación á la fe del creyente; sus ligeros copos de espuma parecían ramos de perlas que el soberbio elemento arrojaba en su tránsito al humilde, al predestinado.

Viéndole alejarse la multitud rompió el silencio de su asombro: de la orilla alzóse un grito de suprema admiración; los batelillos, forzando el remo, se lanzaron en su seguimiento para brindarle auxilio arrostrando la pena impuesta; más hiciéronlo en vano: el dominico se alejaba rápidamente en su manto, bendiciendo las olas que le sostenían regocijadas.

Cuenta la tradición que, catorce horas después de su partida, la punta del manto del confesor de Don Jaime tocaba en las piedras del antiguo muelle de la ciudad condal, donde le acogió, como en el de Mallorca, soberano asombro, sin más diferencia que aquí el prodigio dió paso al gozo, y éste fué inmenso, inexpresable.

Al pisar la tierra el dominico se postró, puso en ella su frente y sus labios, y alzando sus manos venerables y sus ojos empañados de lágrimas

— ¡Oh Señor! ¡Oh Dios mío! — exclamó. — ¡Cuán poderoso eres; cuán bueno para los que en Tí creen y te aman!

Levantóse, bendijo á la muchedumbre, recogió su manto, sacudiólo, púsole sobre sus hombros y apoyándose en su bastón se dirigió á su convento seguido de su compañero.

Extremoso como por naturaleza es el pueblo, le acompañaba disputándose la dicha de besar la tierra donde el santo confesor sentaba su planta.

Aquello era el preludio de su glorificación.

GABRIEL DE LOS ARCOS.

ASOCIACIONES BENÉFICAS

ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Cuando en Enero de 1886 llamó Dios hacia sí á Ernestina Manuel de Villena, fundadora de nuestro Asilo, y entre el duelo de la tierra llenó sin duda de regocijo los ámbitos del cielo, con la aureola de un ángel más, las buenas y piadosas Señoras que, inspiradas en aquel espíritu fortificado por la gracia, seguan decididas sus impulsos de caridad y amor al prójimo, rindiéronse al dolor de aquella muerte, y para hacer menos dura la separación de un ser que tanto amaban cuanto era tiernamente amado, pidieron con lágrimas en los ojos se les concediera dar sepultura al cadáver de Ernestina, en el muro del templo que por su iniciativa se edificó. Allí estaba ya el sagrado lugar donde debía dormir el sueño eterno, y la Asociación reclamaba aquel cuerpo que había de conservar como reliquia y recuerdo venerado. La lápida se incrustó en el lado de la Epístola; trazóse el nombre por los pobres bendecido y que repetirán las generaciones; pero los huesos de Ernestina fueron enterrados en el cementerio de la sacramental de San Justo: la ley se oponía á que reposaran en la iglesia de su fundación.

Tres años han transcurrido: aquel deseo vivo en la mente de las Señoras asociadas, codiciosas de los restos de la santa mujer que, como en vida, sigue inspirando sus actos benéficos, acaba de realizarse por bondad de Dios. En la tarde del último miércoles el sol quebraba sus hilos de oro en las aristas del gótico templo, como si quisiera vestirle de gala para celebrar una grata nueva: la de que el cuerpo de Ernestina entraba por sus puertas para no salir ya de allí. La mayor parte de las Señoras asistieron á la exhumación en el cementerio, donde conmovidas pudieron contemplar los restos; en nuestra iglesia las acompañó al Oficio de cuerpo presente, una multitud de personas distinguidas, Hermanas de la Caridad y pueblo.

Al penetrar el féretro fué cubierto por una lluvia de flores y coronas, una de éstas remitida por la señora Baronesa de Cortes desde Valencia; los Hermanos de las Escuelas Cristianas dieron guardia al cadáver, los niños entonaron un Salmo que, por lo sentido de las voces, penetraba en el corazón. Pedían con fervor la gloria para Ernestina, que en los supremos designios ya habrá sido concedida. Oficiaba el respetable Sr. Cura de San José, y el presbiterio no era bastante á contener el número de Sacerdotes. Terminada la Vigilia, el cuerpo de Ernestina, conducido por cuatro señores, descansaba en la sepultura que más podría agradarla: la que ella misma se había labrado por mano de aquel que fué su poderoso auxiliar, el Marqués de Cubas, noble y generoso espíritu compenetrado con el de la Sibila de la caridad. Allí estaba, como siempre, ésta presente en las vicisitudes, actos y solemnidades del Asilo; allí estaban las obreras afiliadas á la empresa de Ernestina; y á su frente la señora de Suárez, que de la difunta heredó la Presidencia y la bondad de alma. Todas mezclaban en sus lágrimas y suspiros mucho de duelo y algo de felicidad por el precioso rescate.

En el plano interior de la sepultura, se ha colocado la lápida trasladada del cementerio, en que se leen estas líneas por ella escritas en el papel:

AQUÍ YACE ERNESTINA MANUEL DE VILLENA,
QUE TUVO LA DICHA
DE NACER Y MORIR EN LA RELIGIÓN CATÓLICA
R. I. P.

El 31 de Enero celebróse la Misa de aniversario con la solemnidad que en años anteriores.



En el comedor de la caridad de nuestro Asilo han sido socorridos con la sopa, desde 23 de Enero á 3 de Febrero, 13.824 pobres. Los donativos para atender á este servicio se siguen recibiendo en el mismo local.

CRÓNICA

El 24 de Enero último se verificó la reapertura de la iglesia de San Francisco el Grande, celebrando Misa de Pontifical nuestro Prelado, asistido por el Deán, Capitulares y Beneficiados de la Catedral, acto religioso que fué presenciado por S. A. R. la Infanta Doña Isabel, el Infante D. Antonio y numeroso concurso de fieles. En el *Sanctus* y *Benedictus*, según se practica en la Basílica de San Pedro en Roma, dividiéronse las numerosas voces, parte de ellas de los niños del Asilo del Sagrado Corazón de Jesús, entre la crestería del Altar mayor y el coro, terminándose con un solemne *Te Deum*. Sobre las pinturas y objetos de arte que encierra el restaurado templo, publicaremos detallada reseña.

— El Liceo Granadino ha acordado celebrar en los Alcázares de la Alhambra la coronación del poeta Zorrilla, cantor de Granada; y á este propósito solicitará el Liceo apoyo para su idea en el Jefe del Estado, el Gobierno y la Nación. Con este motivo el Sr. Conde de las Infantas, Presidente de aquella Corporación, ha dirigido á Zorrilla una notable carta, y es de esperar que, á pesar de los tiempos prosaicos que corren, la solemnidad se verifique recordando aquella en que fué coronado Quintana por manos de la Reina Doña Isabel II, en 25 de Marzo de 1855. Bien merece Zorrilla el singular honor que los vates granadinos le preparan, siempre que á la gloria se unan los medios de que el cantor de *Maria*, no carezca de lo necesario para pasar una vejez tranquila.

— Su Santidad ha puesto al pie de un retrato suyo, que ha regalado á la Sociedad la Juventud Católica Romana, los siguientes versos:

«Eia age, carpe alacris, pubes romana, negatum
Ignavis, virtutis iter; durare memento
Pectore magnanimo pro religione labores.
Non nisi sudatae debetur laurea fronti.
LEO XIII P.»

TRADUCCIÓN

«A la Sociedad Romana de la Juventud Católica titulada de San Pedro Apóstol.

Apresúrate, juventud romana; emprende ligera el camino de la virtud, cerrado á los perezosos; acuérdate de que los trabajos por la Religión siempre duran en el magnánimo pecho. El laurel sólo debe ceñir la frente sudorosa.»

— Se halla en Barcelona el Rdo. P. Luis Zouain, Superior del Colegio de San Luis Ghaziz, establecido en Siria, en el Monte Líbano. Hoy se da educación religiosa gratuita en aquel Asilo á 200 niños pobres recogidos de las escuelas protestantes, instruyéndoles en las doctrinas de la Iglesia católica. Los únicos recursos con que cuenta tan saludable Institución son los que proporcionan los fieles de Europa: el Papa León XIII ha bendecido la obra y á los bienhechores, recomendando el Cardenal Simeoni á los católicos de Europa, que ejerzan la caridad cristiana en la medida que sus fuerzas alcancen para sostenimiento y propagación de este Instituto, que es al mismo tiempo plantel de Misioneros en Tierra Santa.

— En la Iglesia de Montserrat el Dr. D. José Vallet, Magistral de la Catedral de Barcelona, y en San Antonio del Prado, el Canónigo de Toledo Sr. Manterola, han ocupado estas tardes la Cátedra

Sagrada, con gran fruto para los fieles por su elocuencia y copiosa doctrina.

— En Junta general de la Asociación de Escritores y Artistas, presidida por el Sr. Nuñez de Arce, fueron elegidos por unanimidad para formar la directiva, los señores siguientes:

Vicepresidente 1.º, D. Emilio Arrieta. — 2.º, don Dióscoro Puebla. — Contador, D. Casimiro Pío Garbayo. — Vocales: D. Manuel Ossorio y Bernard, Don Julio Nombela, D. Manuel González Araco, D. Antonio Guerra y Alarcón y D. Pablo Gibert. — Secretarios: D. Antonio Cortón, D. Juan Comba.

Antes de procederse á la votación, el Secretario Sr. Castillo y Soriano leyó la Memoria de los actos y tareas de la Asociación durante el año 1888, siendo aquella aprobada.

— En el mundo minero y militar, se comenta un invento aceptado por el Gobierno inglés. Se trata de una pólvora blanca que se quema casi sin hacer humo y que se inflama sin producir más ruido que el que produce el pistón.

— La inscripción oficial de los extranjeros residentes en la ciudad de París arroja el siguiente resultado: 172.260 personas, entre las cuales figuran 26.000 alemanes, 2.300 americanos, 7.688 ingleses, 5.758 austriacos, 43.712 belgas, 2.763 españoles, 3.770 holandeses, 24.178 italianos, 8.485 rusos, etcétera, etc. El número total de extranjeros excederá seguramente de 200.000.

— El producto de la venta de los diamantes de la corona en París asciende á 7 millones de francos, y el ministro de Instrucción Pública y de Bellas Artes han propuesto la inversión de la manera siguiente: 2 millones de francos para museos; 2 millones para la construcción de una Escuela nacional de Artes decorativas; 2 millones para las Escuelas de aprendices, y 1 millón para subvencionar á las Sociedades de socorros mutuos.

— El Sr. D. León Carbonero y Sol, director de la Revista religiosa *La Cruz*, anuncia una nueva publicación titulada *Cronica del primer Congreso Católico Nacional Español*, que contendrá todo cuanto se refiera al mismo desde la primera idea emitida para su celebración hasta su clausura, con todos los documentos oficiales, aprobación y bendición del Sumo Pontífice, cooperación del Episcopado español, reglamento, discursos y trabajos de las secciones, temas aprobados por éstas, su discusión, actas de la Junta central, funciones religiosas, sesiones generales públicas, discursos íntegros en ellas pronunciados, resoluciones adoptadas, catálogos de los nombres de los Prelados que tomen parte, de sus representantes, de los individuos que componen la Junta central y las secciones y de los inscriptos como titulares ú honorarios, etc., etc.

Empezará á publicarse el 19 de Abril, día próximo al de la inauguración de las sesiones públicas, con el fin de que pueda contener todos los datos oficiales sobre trabajos para la preparación del Congreso, funciones de inauguración, sesiones y discursos, repartándose unida á la Revista, y para los no suscriptores por entregas, que costará cada una 1 peseta 25 céntimos.

El respetable y autorizado nombre del Sr. Carbonero garantiza los fines y éxito de la nueva obra, que recomendamos á nuestros lectores.

— Los Padres de las Escuelas Pías proyectan levantar en Montserrat un altar á su glorioso fundador el insigne aragonés San José de Calasanz, en recuerdo de haber sido uno de los que visitaron aquel famoso Santuario impetrando luces y protección para el éxito de su moralizadora empresa. El Reverendísimo Padre Abad, discípulo de la Escuela Pía, ha ofrecido para ello al Instituto la única capilla que queda actualmente libre.

— En una conferencia dada por el Dr. Simarro en el Fomento de las Artes, sobre el tema *exámenes*,

oposiciones y concursos, sostuvo que los exámenes vienen á destruir la verdadera enseñanza; porque el profesor no enseña, sino prepara al alumno para el examen, y los alumnos no estudian para aprender, sino para salir del paso en el examen. Señala y demuestra con ejemplos los perjuicios de los exámenes, que califica de inmorales, porque el éxito del examen está pendiente del azar y es muchas veces injusto.

Combate también los exámenes bajo el punto de vista de la higiene, haciendo una clara explicación científica, valiéndose de ejemplos, y deduciendo que los exámenes predisponen y ocasionan muchas veces enfermedades neurasténicas, teniendo en cuenta la preparación á que se someten los examinados.

— Los autores de libros y los editores de Madrid que no suelen cumplir el deber de enviar como está mandado ejemplares á las Bibliotecas públicas, bueno es que conozcan la costumbre del Sr. D. José Antonio Brusi, propietario del popular *Diario de Barcelona*, que, en representación del mismo, remite periódicamente á la Biblioteca provincial universitaria de dicha ciudad remesas de libros útiles, editados por aquella antigua y acreditada casa.

— No es muy sabido, y por eso lo publicamos, que las hojas de todos jeranios malvasías tienen la propiedad de curar las cortaduras, raspones y otras llagas de esta especie. Se toman hojas de esta planta, se machacan sobre un lienzo y se aplican sobre la llaga. Una hoja suele bastar para curarla. Se pega fuertemente á la piel, favorece el contacto y cicatriza la herida en poco tiempo.

NOTAS SUELTAS

LA TAQUIGRAFÍA

Comienza por un dibujo que lleva el nombre de jeroglífico.

Más tarde se perfecciona, representando en vez de ideas, los sonidos de la palabra que figuraban el objeto. Esta clase de escritura recibió el nombre de fonética.

Sucedió á ésta, la de unos rasgos rudimentarios, que pudieron llamarse signos convencionales. Tal manera de transmitir el pensamiento es la que ha llegado á nuestros días, con diversas modificaciones.

Este arte era lo bastante para estampar las ideas concebidas reflexivamente; pero no para conservar discursos improvisados por los grandes oradores en el foro: el literato no podía trasladar al papel las imágenes creadas, ni el poeta sus inspiraciones, dejándolas ahogar por la mecánica lentitud de la escritura usual. Esta necesidad vino á ser satisfecha, mediante penosos trabajos, con la *taquigrafía*.

Se cultivó en Grecia, y pasó de allí á Roma, donde en los últimos años de su República progresó notablemente con el nombre de «Sistema Tironiano», porque Tirón fué el primero que la usó para transcribir los discursos pronunciados por Cicerón en el Senado romano.

Cicerón creó muchos notarios, que distribuyó por la Asamblea para que tomaran sus improvisaciones, y que recibieron el nombre de *Tomadores de notas*, á los que se debe la conservación de algunos documentos, como la conjuración de Catilina y otros.

Inglaterra, la primer nación moderna que ha planteado la forma de gobierno en que la palabra y la discusión son el primer elemento político, volvió á dar vida á la taquigrafía en el siglo XVI, mejorando el sistema Tironiano.

El año 1791 Bertin introdujo en Francia la teoría inglesa, adaptándola á su idioma.

Cuando Inglaterra y Francia disfrutaban de arte tan útil, apareció en España D. Francisco de Paula

1 Haec dictavit inscribenda sub imagine sua in linteo picta. quam ipsemet Societati supradictae dono misit an. MDCCCLXXXVIII.

Martí, natural de San Felipe de Játiva, que con su ingenio creador ideó y planteó un método más perfecto que el de las demás naciones, dotando á su patria de una Taquigrafía arreglada á la lengua castellana; así que podemos decir con justicia, que Martí es el inventor de la Taquigrafía española.

Cómo maestro en ella hay que recordar también á D. Francisco de Paula Madrazo.

* *

LA ORACIÓN VESPERTINA

Cuando en la tarde triste y silenciosa contemplo el sol, que trémulo camina ocultando su luz tras la colina, desierta queda el ánima y llorosa.

Mas si brilla la lumbre misteriosa de la rosada estrella vespertina, y con sonoro bronce, voz divina, demanda una oración tierna y piadosa; Como la flor, del cierzo maltratada,

al recibir el matinal rocío levanta su corola perfumada,

Así calmando mi pesar sombrío, mística paz desciende á el alma mía al pronunciar el labio AVE-MARÍA.

JUANA MARÍN-BALDO DE MARTÍNEZ.

* *

— Ya se conoce que vivimos en tiempos cultos é ilustrados.

— ¿Por qué?

— Porque todo hombre elegante lleva en el cuello de la camisa un libro abierto de dos hojas.

— Sí, pero en blanco.

* *

Mochález desde que es Académico ha perdido la memoria, al revés de otros, que lo son por saberla conservar. Dando pasos agigantados por su despacho, exclama golpeándose la frente:

— ¡Nada! ¡Ne encuentro la palabra! ¡No la encuentro!

El niño, mirándole asustado:

— ¡Papá, yo no la he cogido!

* *

LOS RELOJES SENSIBLES

¿Por qué andan mal muchos relojes de bolsillo?

Cualquiera creará que porque están descompuestos ó porque son malos. Así sucede con frecuencia, pero no siempre.

La persona dueña del reloj es á menudo culpable de que el reloj no ande bien.

De observaciones hechas resulta que la *temperatura* y el *magnetismo personal* del portador de un reloj afectan considerablemente á la marcha de éste, sobre todo si es reloj de precio y de máquina delicada.

A poco que se reflexione se observa que el descubrimiento no es tan extraordinario como parece.



CARAVANA EN EL DESIERTO.

Hay lógica en la observación. Lo extraordinario es que existen personas de temperamento nervioso, que no pueden tener reloj que marche regularmente.

Los nervios de la persona atacan al reloj, y éste registra fielmente las agitaciones de su dueño. Si está nervioso, el reloj anda de prisa y adelanta; si está decaído, el reloj atrasa.

Otras personas acumulan tanta electricidad en el cuerpo, que magnetizan la delicada espiral de acero que mueve la maquinaria de los relojes. Para estos seres no hay remedio: tienen que contentarse con los relojes de pared ó de torre.

Los relojes, finalmente, son unos organismos más sensibles á veces que el hombre.

* *

— Crispulo, estamos perdidos; la niña no tiene partido.

— Tú, tú, tú; no te apures, que en cambio yo tengo muchos.

* *

— ¡Vecinos! ¡Ladrones! ¡Fuego! ¡Socorro!

— ¡Pillo!

— ¡Más lo es usted!

— ¡Tunante!

— ¡Usted sí que lo es!

— ¿Qué pasa en esa casa de locos?

— Nada; que vive ahí un Diputado provincial.

* *

El vulgo, sin ser genio ni héroe, participa de un supremo poder. Crea la celebridad y.... así anda ella.

* *

Tanto afán de parecer grande en el hombre, ¿qué será?

Que suele ser pequeño.

* *

Genealogías:

La aristocracia cuanto más vieja mejor.

El genio no tiene ni quiere antepasados.

* *

EL CUERVO AZUL

Pájaro raro y uno de los más preciosos de su especie.

El brillante colorido de sus plumas no contrasta con sus costumbres, que son crueles; lucha con los débiles y huye de los fuertes; acecha el momento en que las madres dejan su nido para arrebatárselos sus polluelos; come fruta de los bosques, pero pre-

fiere la carne fresca de vaca, y á ésta la de los pájaros que no son de su especie.

Cuando vuela, va gritando como los loros, y calla cuando ve algún halcón, ocultándose lo posible. El pico, de color oscuro, es recto y de corte acorado; el hueso de la nariz está cubierto de pelo á manera de cerdas; el cuello es corto, y el interior de sus patas está guarnecido de uñas cortantes. Su plumaje es suave y brillante; lleva en la cabeza una especie de penacho, y en la larga cola doce plumas rayadas en negro y blanco. La parte superior de este animal es de un azul turquí purpurino.

El cuervo azul existe solamente en algunos puntos de América. En Europa no ha podido aclimatarse; y es una ventaja porque causan mucho daño.

CURA inmediatamente toda
 clase de Vómitos y
 Diarreas (de los tísicos, de los viejos, de los niños)
BISMUTO Y CERIO VIVAS PEREZ
 Disenterías, Vómitos (de los niños y de las embarazadas)
 Catarrros y úlceras del estómago
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

Precio: Caja grande, 3,50 pesetas; pequeña, 2. En Madrid: Al por mayor D. Melchor García.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.